



FOTO: ARCHIVO SEMANA

ALACENA DEL FUTURO

Por sus condiciones de fertilidad, localización, vías y riego, unidas a su talento humano, el Tolima puede responder tranquilo al reto que tiene el planeta de conjurar la crisis de alimentos que se avecina.



Por Carlos Gustavo Cano*

Aunque con una alta volatilidad de precios, el mundo parece haber entrado en una nueva era de prolongada duración: el encarecimiento de los alimentos.

Las causas han sido, en primer término, el espectacular crecimiento de grandes economías emergentes, como China e India, que cuentan con el 38 por ciento de la población del planeta, las que no solo consumen ahora más comida sino también con más alto contenido nutricional, en particular proteína animal (carnes, pescado, leche, huevos), frutas y hortalizas. En segundo lugar, el cambio climático, que ha comenzado a achicar la frontera agrícola por el derretimiento de los glaciares y los casquetes polares y la consiguiente elevación del nivel del mar, el deterioro de los páramos —las ‘fábricas’ de agua de países como Colombia— y de los acuíferos, la erosión y la desertización, y la alteración de patrones de lluvias por El Niño y La Niña. Y, por último, la carrera por biocombustibles de dudoso beneficio ambiental en Estados Unidos y Europa a base de enormes subsidios, que ha comprometido buena parte de los granos y las oleaginosas en su elaboración a costa de la oferta alimentaria.

* Codirector del Banco de la República y exministro de Agricultura. Nacido en Ibagué.

Para nutrir a la humanidad en 2050, cuando la población supere 9.000 millones, se requerirá incrementar la producción en 70 por ciento. A fin de lograrlo, con las tecnologías tradicionales sería preciso al menos doblar la frontera agrícola, que alcanza 1.500 millones de hectáreas.

Latinoamérica constituye uno de los pocos espacios donde existe un potencial significativo de tierras aptas, aun ociosas o subutilizadas. Y Colombia, donde solo se cultiva el 4 por ciento del territorio en contraste con su real vocación agroecológica,

la reconversión de la caficultura a ‘café especiales’; fruticultura y horticultura controladas bajo riego por goteo, e integradas a procesos IQF para su comercialización nacional e internacional; algodón genéticamente mejorado bajo riego en el valle del Magdalena; el sistema de producción maíz-soya, integrado a la cadena avícola en los mismos sitios del cultivo; la modalidad silvopastoril, principalmente en la meseta de Ibagué, en respuesta a las crecientes restricciones en la disponibilidad de agua para el cultivo del arroz; y la pisci-

LA PRIORIDAD ES INCORPORAR TECNOLOGÍAS DE PUNTA AL USO MÁS EFICIENTE DE LOS SUELOS

que cubre 19 por ciento, podría tomar provecho como pocas naciones de esta oportunidad sin par.

El Tolima, con la más destacada dotación de talento humano en conocimiento técnico, y con indiscutibles condiciones en fertilidad, localización, vías y riego, cuenta con la capacidad de responder más pronto y a menores costos a este reto que cualquier otra región del país.

Tras ese derrotero, la tarea prioritaria no puede ser otra que incorporar tecnologías de punta —en especial la ingeniería genética— al uso más eficiente de sus suelos y al viraje hacia productos de alto valor agregado. He aquí algunas de las opciones más promisorias y viables:

cultura, mediante el aprovechamiento de corrientes fluviales cerca de sus fuentes, antes de su uso en irrigación.

Finalmente, cabe un llamado con sentido de urgencia a empresarios y autoridades municipales y ambientales, a fin de adoptar la más rigurosa política de protección del recurso hídrico, el patrimonio común por excelencia del Tolima, de cara a su porvenir como despensa alimentaria, desde los páramos hasta sus cuencas y desembocaduras. La recuperación asistida del bosque natural, la conservación de los bosques en pie, la deforestación evitada y la forestación nueva y la regeneración y conservación de la biodiversidad, constituyen los pilares de la respuesta a esta oportunidad sin precedentes. ■